

PERDIDA:

10 de Septiembre 1960:

No podía respirar, dos pequeñas manos me sujetaban por el cuello, me destrozaban el alma, me quemaban y me ahogaban. Cada vez sentía menos los pies y más la cabeza. No pasaba nada, solo el sonido de mi cuerpo quedándose sin aire. Me moría, cada segundo un poco más. Mi mente estaba en blanco, y antes de ver el final del túnel, esas finas manos me soltaron.

Sentí una inmensa libertad, volví en mí. Pero antes de recuperar todo el aire perdido, todo se volvió negro. Mi cabeza dio un fuerte golpe contra el borde de la fuente, todo terminó. No se me pasó la vida entera por delante, no vi un ángel caer del cielo, no pasó nada. Nada. No sentía, ni veía. Todas mis esperanzas cayeron en el olvido. Todo acabó. Y ¿Qué hay de mí? Nada. No hay nada. Mi cuerpo se desintegrará al cabo de los años porque no hay nadie que me quiera convertir en ceniza y lanzarme al mar.

Y mi alma se quedará en la fuente. En la preciosa y vacía fuente, esa vieja fuente, esa fuente donde los niños tiraban monedas y pedían deseos. Todo terminó ahí. Ese plácido sueño sin fin por fin se apoderó de mí. O eso creí, desperté en una enorme habitación blanca, estaba desorientada pero mi miedo estaba conmigo, el mismo que me ahogó, estaba en la misma habitación que yo, no había desaparecido. Grité, grité hasta quedarme sin voz, nadie me escuchaba, nadie me oía, o nadie quería oírme.

10 de Septiembre 1970:

Corría, no hacía otra cosa que correr, solo veía su sombra, y huía de ella, mi mayor pesadilla se quería apoderar de mí, intentaba no caer, pero me dolían las piernas. Llevaba toda una vida corriendo y no lograba nada, una vida huyendo de algo que pronto se apoderará de mí, de mi cuerpo, mi mente, mis sentidos, mis sensaciones. Lo hundiría todo. Lo mataría todo, sin humildad, su conciencia no lo perseguiría, porque estaba muerta.

Pensaba en rendirme pero no podía. Tenía que seguir corriendo hasta el final. Me faltaba el aire, hiperventilaba, dejé de sentir las piernas. Caí al suelo casi al instante. Lo vi acercarse, mi respiración estaba más acelerada que nunca, el corazón por poco se me sale del pecho, pero las lágrimas no salían. Se apoderó de mí, de todo mi ser. Y yo no lo pude evitar. No es de la muerte de lo que hablamos, sino de algo peor, mi mayor temor me volvió a atacar.

10 de Septiembre 1980:

Angustia. Era todo lo que sentía, ganas de gritar, correr y llorar, pero nada salía de mí, él había vuelto. Mi miedo, ya estaba dentro de mí, no aparecía cuando le apetecía. Está siempre conmigo, nunca se va. Escuché un ruido muy fuerte en la cocina, un cristal

rompiéndose y una mujer gritando, tan agudo que me dolieron los oídos, pero reconocí ese chillido, se me había quedado grabado en la cabeza, era mi madre. Pero eso era imposible.

Corrí a la cocina y mi madre estaba allí, sangrando, exactamente en la misma posición que el día de su muerte, estaba volviendo a suceder. Ese mismo ser que me atormentaba diariamente la había matado, mi miedo la mató. Quería hacer algo, ayudarla pero las luces empezaron a parpadear y una niña de 11 años apareció por la puerta y en ese momento me derrumbé, caí al suelo de rodillas y le empecé a pedir perdón, le empecé a suplicarle que parara, esta situación me supera, él me estaba torturando, me estaba haciendo revivir el peor momento de mi vida.

Lo único que se escuchaba era el llanto agudo de mi yo de once años, el cual no sabía reaccionar, los pelos del cuerpo se me erizaron y mis súplicas aumentaron.

Pero nada surtía efecto, me estaba haciendo sufrir de nuevo. No tenía final. La ansiedad me comía por dentro en ese momento y lo veía todo negro. Estaba en un estado de shock del cual tardé en recuperarme.

10 de Septiembre 1990:

Era mi turno, notaba la sangre correr por mis venas, escuchaba mi propio corazón latir y sentía que el aire no podía salir. Tenía que enfrentarme a él, tenía que enfrentarme a mi miedo, pasaron los años y yo solo huía como una cobarde. Lo obligué a salir y le hablé a la cara. Le grité, o más bien le supliqué que me dejara en paz.

Me empezaron a temblar las manos y deje de sentir el cuerpo, seguía de pie pero solo salía una palabra de mi boca;

PARA, PARA, PARA, PARA, PARA; las repetía una y otra vez.

Entre en bucle empecé a llorar sin control, me ardía el cuerpo y se me ahogaba en mis propias palabras. Perdí el control sobre mi cuerpo y alma. No pude, no lo logré, volví a mi mejor forma de afrontar las cosas, huir. Me alejé lo más que pude de él, y por primera vez creí que mis súplicas tuvieron efecto, y que no volvería a aparecer pero me equivocaba...

10 de Septiembre 2000: la verdad.

En el año 2000, mi miedo había desaparecido gracias a mi, yo lo había matado. El día 10 de septiembre mi miedo murió. Y me alegré por ello. Mi miedo es alguien capaz de matar a una madre de una niña de 11 años, es capaz de perseguirme durante toda mi vida, de atosigarme y agobiarme durante años.

Es alguien frío y sin corazón, alguien hundido, quemado, herido. Alguien muerto por dentro, alguien que mata y que sufre. El villano de la película que todo el mundo odia, pero del que nadie ha contado su historia completa. Pero ya no está, se fue. El 10 de septiembre, el día de mi muerte.

Todos buscan una razón por la que matar, pero no se necesita. Hay gente que lo toma como afición pero yo quería venganza, vengarme de toda esa gente que provocó su propia muerte.

Esas eran mis dos finas manos intentando terminar conmigo, era mi sombra, mi lado oscuro el que me perseguía, yo maté a mi madre. Yo soy mi mayor miedo, porque se de lo que soy capaz, intentar suicidarme con 10 años fue un buen comienzo, me culpaba por el daño que me hacía otra gente, así que empecé a castigar a los monstruos de mi alrededor.

Intentaba enfrentarme a mis traumas, a mis demonios, de veras lo intenté. Huí de mí lo mejor que pude, pero nada era suficiente. Matar a sangre fría, degollar cuerpos sin piedad, me liberaba sin arrepentimiento, me llenaba.

Pero toda diversión tiene su fin y sus consecuencias, esa parte de mí que disfrutaba matando, debía ser aniquilada, pero para acabar con la parte de mí destruida, debía terminar con toda mi existencia, nadie lloraría por mí, nadie más sufriría. El ciclo terminará con mi muerte.

Y conmigo los mil diablos que se apoderaban de mi alma. Terminé como empecé, el ciclo se repetirá porque todos estamos muertos por dentro, y pronto se demostrará. Empecé perdida y terminé perdida.